

La inquietud religiosa en la obra de cuatro poetas chilenos contemporáneos (Miguel Arteche, Carlos Bolton, Fidel Sepúlveda y Raúl Zurita).

*De Ernesto Livacic, Saide Cortés, Clemens Franken,
Jaime Blume, Anneliese Meis y Malva Vásquez.
Instituto de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile,
Santiago, 1993, 144 págs.*

Este libro recoge y difunde una investigación realizada durante dos años por un equipo interdisciplinario de académicos de nuestra Universidad, pertenecientes a los Institutos de Letras y de Estética y a la Facultad de Teología.

El trabajo parte del supuesto teórico de que “la poesía, junto con constituir una expresión estética, es, más profundamente, soporte del individuo y medio de conocimiento del hombre, de las posibilidades de su saber y de los condicionamientos de su hacer” (5).

En este entendido, procura analizar el componente religioso en la creación de tres poetas de clara opción creyente y de un cuarto -Zurita- en tránsito “de la no creencia a un esbozo de fe” (93).

Esta novedosa elección temática constituye por sí misma uno de los méritos del libro y una de las claves de su aporte a los estudios literarios en Chile, pues, si bien la poesía trasunta a través de diversas tendencias el elemento religioso presente en la cultura nacional en mucha mayor medida que los otros géneros -por las razones que los autores exponen en la página 139-, son “francamente escasos los trabajos bibliográficos destinados al registro y análisis de tan constante y significativa actitud”(8).

Metodológicamente, los académicos abordan su tarea siguiendo los postulados de la Escuela de Ginebra, en particular de Georges Poulet, en los que se “visualiza al autor como un observador privilegiado de la realidad, al que se le concede alguna vez la prerrogativa de descubrir lo que es el mundo” (20). Junto con tal enfoque, emplean el de la teoría de la recepción, muy compatible con el primero en cuanto aquél reivindica el papel de la experiencia del lector en la decodificación de los símbolos y de las ambigüedades propias del lenguaje poético.

En medio de interesantes capítulos que plantean las relaciones entre Religión y Poesía (cap. I) y entre Poesía y Cultura (cap. II), las ciento dieciséis páginas centrales se dedican a la cala en el ingrediente religioso de los cuatro poetas seleccionados

(véanse los capítulos III a VI), a la precisión de sus rasgos distintivos y de sus puntos de convergencia (cap. VII) y a la exposición de las conclusiones del examen llevado a cabo (cap. VIII).

En Arteche destacan la "acentuación del dolor como ... fuente de vida", que alcanza en "el Cristo sufriente su máxima figura" y que invita al hombre a asumir un desafío hoy fácilmente incomprendido: "La solidaridad involucra un compromiso, que en tiempos de individualismo semeja una locura" (37).

Bolton es visto como un fino exponente de la tensión del hombre entre la muerte y el amor, fuerzas que definen su relación con Dios y con el prójimo, especialmente con el pobre.

Sepúlveda queda definido como un profeta -"una voz en el desierto"- de la fe madura y de su vivencia en armonía con la naturaleza y con las raíces profundas de nuestra cultura popular, plano desde el cual fustiga las desviaciones del modernismo moral.

En Zurita se subraya "una peripezia espiritual marcada por el conflicto entre la conciencia de pecado y la necesidad de redención" (93), que, con fuerte apoyo bíblico, se asocia a una historia de la salvación colectiva en el pueblo de Israel, sugerida como "una clave de esperanza para el pueblo de Chile".

Dentro de la matización de sus motivos y énfasis, como también -obviamente- de los códigos estéticos en que los expresan, los cuatro poetas ofrecen, según los investigadores, una impresionante conjunción de elementos constantes: para todos ellos, como sustrato de su creación, está la experiencia humana de lo religioso; esta fuente vivencial no sólo "exige indispensablemente su vinculación con realidades superiores" (123), sino que se proyecta en "una integridad orgánica de lo humano con lo divino, lo cotidiano y lo religioso"; en esta simbiosis, conviven "la mezquindad del hombre pecador" -envilecedora, a su vez, del mundo- y "su aspiración a la redención", tanto personal como del orden sociocultural creado por la humana precariedad; ponen sus miradas -en una óptica firmemente cristocéntrica- en "un Cristo humano, evangélico y redentor" (128), que "quiere entregarnos la vida eterna a través de su pasión y muerte" y que "sigue invitando al hombre a confiar en el amor de su Padre Celestial".

Por todo ello, tal como se acentúa en las Conclusiones, "debido a la abundancia y precisión de las expresiones en los cuatro autores, no se puede hablar ... de meras 'inquietudes religiosas'. Va emergiendo ... una concepción ... plenamente católica del hombre con su fundamento trascendente: el Dios personal, Padre de Jesucristo" (135).

Ernesto Livacic
Instituto de Letras
P.U.C.